Los rostros de Sara

José Manuel Azorín

Los rostros de Sara

José Manuel Azorín

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© José Manuel Azorín, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-16-0
THEMA: FHF-FHX-FXM
DEPÓSITO LEGAL: M-9542-2026

Esto es para la fortaleza más importante que tengo:
mi familia, la elegida y la que no.

Introducción

¿Cuánto de lo que vemos es real y cuánto proyectado por nuestra mente? La pregunta ha obsesionado a filósofos, a artistas y a psiquiatras, pero nunca ha sido tan urgente como en la historia de Sara Montalbán.

La novela comienza en un punto de inflexión: la jubilación de Matías Ruiz, fundador y durante décadas director de **Pharmalex**, una de las compañías farmacéuticas más influyentes del sector. Bajo su sombra, la empresa creció, innovó y se expandió hasta convertirse en un referente internacional. Pero como ocurre en todas las grandes corporaciones, también acumuló secretos, silencios y heridas que no todos estaban dispuestos a enfrentar.

Es en ese momento de transición cuando surge la figura de Sara Montalbán: joven todavía para ocupar el puesto más alto, pero con una determinación y una capacidad de trabajo que la habían granjeado respeto y temor a partes iguales. Conocida por su disciplina férrea y su visión estratégica, Sara encarnaba, para muchos, el futuro de Pharmalex. Para otros, no era más que una intrusa, alguien a quien el propio Matías había

moldeado a su imagen y semejanza… para luego apartarse justo cuando la tormenta empezaba a gestarse.

Desde fuera, su nombramiento parecía el triunfo de una mujer hecha a sí misma. Desde dentro, era el inicio de una guerra silenciosa: contra la desconfianza de sus pares, contra la presión de los mercados, contra la sombra eterna de su mentor. Y, como pronto descubrirá, contra algo mucho más peligroso: su propia mente.

Esta es la historia de un ascenso y de una caída. De una mujer que lo tuvo todo en sus manos —poder, familia, un lugar en la historia corporativa— y que, en su empeño por controlar cada detalle, acabó perdiendo lo único que nadie puede gobernar: la frontera entre realidad y percepción.

Capítulo 1

El futuro es ahora

El aroma a limpio, a madera pulida y a café de alta gama impregnaba la oficina. Para Sara Montalbán, no era solo un olor; era la fragancia del éxito, un bálsamo que inhalaba profundamente cada mañana al salir del ascensor. A sus treinta y seis años, cada uno de sus pasos sobre la gruesa moqueta gris era una afirmación silenciosa, el compás constante de una carrera impecablemente orquestada.

La puerta de su nueva oficina, su oficina, estaba entreabierta. Desde el umbral, su mirada abarcó el espacio: la vasta mesa de roble, la butaca de cuero negro que aún parecía guardar la silueta de Matías y el impresionante ventanal que encuadraba la ciudad a sus pies. Una sacudida de triunfo, rápida y furtiva, le recorrió la espalda. Se lo merecía, había sudado cada hora extra, cada informe perfecto, cada sonrisa estratégica.

—La junta directiva en cinco minutos, señora Montalbán —la voz de Lucía, su secretaria, era suave pero precisa, como todo en ese lugar.

—Gracias, Lucía. Estoy lista.

Sara cerró la puerta y se dirigió al pequeño lavabo discreto junto a la librería. Frente al espejo, ejecutó su ritual con la calma metódica de un piloto revisando la cabina antes del despegue. Su reflejo le devolvía la imagen de perfecto control: traje chaqueta impecable, pelo recogido en un moño severo que acentuaba sus pómulos y mirada serena. Sacó el labial, de un tono *nude*, discreto pero definitorio. Trazó el contorno de sus labios con una precisión milimétrica. No por coquetería, sino simplemente como una forma de tapar cualquier asomo de debilidad.

Por último, el perfume. Un frasco de cristal pesado y minimalista. Aplicó una pulsación en cada muñeca, otra en la base del cuello. Una nube con notas amaderadas y un toque de azahar la envolvió: su armadura invisible, un gesto casi automático. Como si el aroma la ayudara a sentirse lista para la batalla.

La sala de juntas era un acuario de cristal y luz tenue. Las caras alrededor de la larga mesa le eran conocidas: directores de departamento, vicepresidentes, todos con sus sonrisas profesionales y sus miradas calculadoras. Sara ocupó su asiento a la cabeza de la mesa, sintiendo el peso expectante de la habitación. Respiró hondo y se impregnó de su propio perfume.

La reunión comenzó. Fluyó con una profesionalidad aceitada. Datos, proyecciones, estrategias trimestrales. Sara intervenía con puntualidad y claridad, sus palabras eran certeras. Aprobó un presupuesto,

cuestionó una proyección de ventas con una pregunta aguda que hizo asentir al director correspondiente. Todo encajaba. Todo era lógico, controlado.

Fue entonces cuando, al finalizar su intervención, su mirada se cruzó con la de Javier, el CFO. Él asentía, llevándose una mano a la barbilla en un gesto pensativo. Y en ese instante lo vio: un fotograma defectuoso en la película de su realidad. No era Javier. La inclinación exacta de la cabeza, la forma en que sus dedos se posaban en el mentón, la mirada ligeramente ausente pero penetrante. Era Matías. El gesto era idéntico, una copia perfecta en un rostro más joven.

El corazón le dio un vuelco seco contra las costillas. La respiración se le cortó.

El momento duró menos de un segundo. Javier parpadeó, se ajustó el nudo de la corbata, sonrió levemente y volvió a ser él mismo.

Sara desvió la mirada hacia la pantalla de su portátil, fingiendo revisar una cifra. Las yemas de sus dedos presionaron contra la fría superficie de la mesa, buscando anclaje. ¿Qué había sido eso? ¿Un signo de respeto, la sombra del hombre al que reemplazaba proyectándose sobre quien ahora ocupaba su puesto? ¿O un truco de su propia mente, estresada, cansada?

Alzó la vista de nuevo, desafiante. Javier hojeaba un informe, completamente ajeno. A su lado, Carla, la COO, tomaba notas con energía. Todo normal.

Sara forzó una sonrisa dirigida a la mesa en general.

—Sigamos, por favor. El siguiente punto del orden del día.

Su voz sonó firme, casi desafiante. Pero, por debajo de la mesa, donde nadie podía ver, sus dedos se frotaban inconscientemente contra el fino tejido de su falda, como si intentaran borrar una mancha invisible. El aroma de su perfume, ahora, le pareció de repente insuficiente.

Cuando la reunión terminó, la mayoría de los consejeros se levantaron con rapidez, ansiosos de escapar del aire denso que la nueva CEO imponía con su sola presencia. Solo uno se quedó sentado en su sitio, con la espalda recta, el gesto medido y una media sonrisa que no alcanzaba los ojos.

Matías.

El hombre que hasta hacía unas semanas había sido el dueño de ese despacho, de esa mesa, de todo lo que ella ahora ocupaba. Sus canas parecían más plateadas bajo la luz del ventanal, y sus ojos, oscuros y penetrantes, la seguían como los de un padre que no se fía de dejar las llaves de la casa a su hija adolescente.

—Bien hecho, Sara —dijo finalmente, levantándose con una parsimonia calculada—. Has estado… convincente.

—Convincente —repitió ella, degustando la palabra con cuidado—. Espero que no crea que estoy aquí solo para convencer, Matías. Estoy aquí para liderar.

Él rio suavemente, un sonido breve y sin calidez. Le tendió la mano y ella la estrechó. El apretón fue fuerte, excesivamente fuerte, como si quisiera recordarle que aún conservaba músculo.

—El liderazgo, querida —susurró, inclinándose apenas hacia ella—, no es cuestión de discursos ni de proyecciones de ventas. Es cuestión de aguantar. Y tú…, tú tienes demasiados principios. Los principios pesan. Te lo digo porque los llevé encima muchos años, hasta que entendí que hay que soltarlos si quieres sobrevivir.

Sara mantuvo la mirada fija en él. No pestañeó. No retiró la mano, aunque sentía los dedos entumecerse bajo la presión.

—Gracias por el consejo —dijo al fin, con una sonrisa impecable—. Pero yo prefiero creer que los principios son lo único que hace que todo esto merezca la pena.

Los ojos de Matías brillaron con una chispa ambigua. Desaprobación. O, quizá, diversión. O ambas cosas.

—Ya lo veremos —respondió, soltó al fin su mano y le dio una palmada en el hombro, casi paternal, casi posesiva—. Suerte, Sara. Aunque lo que más necesitarás no será suerte…, sino estómago.

Y, con esa última frase, se giró y salió de la sala, dejando tras de sí un vacío pesado.

Sara permaneció inmóvil unos segundos, con la piel del hombro todavía ardiendo bajo el contacto de Matías. La sala, ya vacía, parecía enorme, demasiado grande incluso para ella.

De regreso a su despacho, cerró la puerta con un clic suave. Se dejó caer en la butaca de cuero que había pertenecido a Matías. El asiento aún parecía guardar su peso, su sombra. El eco de sus palabras vibraba en el aire: *«Tienes demasiados principios…, necesitarás estómago».*

Se levantó y se dirigió al lavabo. El espejo le devolvió la imagen de una mujer impecable, pero con una fisura apenas perceptible en la comisura de los labios. Retiró el labial *nude* y, con un gesto casi impulsivo, aplicó una segunda capa, como si con cada trazo pudiera cubrir la duda que Matías había sembrado.

El perfume, en cambio, lo dejó sobre el mármol sin usar. No lo necesitaba. O, quizá, sabía que, por mucho que lo aplicara, el olor a poder de Matías aún impregnaba esas paredes.

Apoyó ambas manos en el lavabo y se inclinó hacia adelante.

—No voy a fallar —susurró, apenas audible, a la mujer del espejo.

Pero el reflejo, con el rastro de cansancio en los ojos, no parecía tan seguro.

Capítulo 2

Nadie rompe la coraza

El amanecer bañaba la ciudad en tonos dorados y azul pálido. Sara lo observaba desde el asiento trasero del coche de empresa, la tablet sobre las piernas, repasando documentos con un gesto concentrado. El silencio dentro del vehículo era un lujo, un espacio que le permitía organizar en su cabeza la coreografía del día. No era el trayecto de una empleada más; era el viaje de quien asumía el mando.

La inquietud de la víspera —esa sombra de Matías que había creído ver en los gestos de Javier— parecía un mal sueño. Hoy todo era nuevo. Todo era suyo.

El coche se detuvo en la entrada privada del edificio. Samuel, el conductor, un hombre de modales impecables, abrió la puerta con una leve inclinación.

—Buenos días, señora Montalbán.

—Gracias, Samuel. Buenos días.

Entró al vestíbulo. Los guardias de seguridad no solo la saludaron, se enderezaron a su paso. La recepcionista añadió un «señora Montalbán» cargado de un

respeto nuevo. Incluso el ascensor pareció moverse con solemnidad.

Sara se miró en el reflejo metálico de la cabina: la imagen de alguien en control. El ritual matutino, ejecutado en silencio en su baño mientras Diego y Lucas dormían, le servía de coraza invisible. Esa mañana había alisado con cuidado el cuello de su blusa blanca, más como un gesto de calma que de vanidad. *Un pliegue bien colocado antes de entrar en escena.*

En la planta ejecutiva la esperaba Lucía, impecable como siempre, con la tableta en la mano.

—Buenos días, señora Montalbán. Todo listo. La agenda está actualizada y los dosieres de la reunión de las nueve ya están en su despacho.

—Perfecto, Lucía. Gracias. ¿Algún imprevisto?

—Nada grave. El señor Valdez ha preguntado si podía pasar a saludar antes de la reunión.

—Por supuesto. Que pase cuando llegue.

La oficina estaba cerrada. Sara apoyó la mano en el pomo y lo giró con calma. Dentro, todo había cambiado: los últimos recuerdos de Matías habían desaparecido. La mesa estaba limpia y sobre ella un jarrón con orquídeas blancas. Una tarjeta rezaba: «Felicidades, Sara. El futuro es ahora. Carla».

Sonrió. Carla podía ser dura, pero sabía reconocer una victoria ajena. Se sentó en la butaca. El cuero cedió bajo su peso y, por primera vez, no se sintió una intrusa.

Los primeros minutos se fueron entre informes, autorizaciones y correos urgentes. Era la CEO, y la máquina giraba alrededor de ella.

Un golpe suave en la puerta.

—Adelante.

Javier apareció en el marco, traje azul impecable, carpeta bajo el brazo.

—Buenos días, Sara. ¿Un minuto?

—Claro. Pasa.

Se sentó frente a ella, acomodándose con una naturalidad casi estudiada.

—La oficina está distinta. Más ligera —comentó, observando a su alrededor.

—Era necesario —replicó Sara con una sonrisa leve—. No se puede pilotar mirando por el retrovisor.

Él devolvió la sonrisa, aunque sus ojos se desviaron un instante hacia el ventanal antes de abrir la carpeta. Hablaron de proyecciones, de liquidez, de riesgos. Javier era preciso, analítico. Sara aportaba la visión global. Encajaban. No había sombras ni gestos prestados. Solo profesionalidad.

—Llevamos esta opción a la reunión —cerró ella, girando el bolígrafo entre los dedos—. Defiéndela con números, yo me encargo del enfoque comercial.

—Hecho. —Javier se levantó—. Nos vemos en unos minutos.

Cuando se marchó, Sara respiró aliviada. El incidente de ayer había sido solo un espejismo. *Aunque, al*

despedirse, notó un destello extraño en su mirada. Tal vez solo cansancio…, pero la imagen se le quedó pegada.

La reunión de las nueve fue su primera gran prueba. El equipo directivo la esperaba.

Carla Núñez, la COO, con su pelo rojo oscuro y su mirada penetrante, la saludó con una leve inclinación de cabeza. Javier, ya inmerso en papeles, parecía una calculadora humana. Lucía, más joven pero firme, ocupaba su lugar con la tableta lista.

Sara dejó caer su carpeta sobre la mesa.

—Buenos días a todos.

La reunión avanzó con ritmo. Sara dio órdenes claras: Carla debía revisar los cuellos de botella en producción, Javier preparar escenarios financieros para la expansión en Sudamérica, Lucía filtrar la agenda dando prioridad a esos proyectos. Escuchó las objeciones, medió cuando Carla y Javier chocaron sobre la inversión en I+D —Carla exhalando con impaciencia, Javier alzando una ceja con gesto sarcástico— y tomó la decisión final.

Eran problemas menores, pero supo manejarlos. El equipo respondió. Había marcado autoridad.

Al terminar, Carla se acercó con los brazos cruzados y gesto serio, que se suavizó en el último segundo.

—Buen arranque. Matías era más… lento en llegar a las mismas conclusiones.

—El mundo va más rápido ahora.

—Y tú también. —Carla esbozó una media sonrisa antes de irse.

Javier se despidió con un gesto breve, casi automático. Lucía se llevó sus notas con paso ágil. Sara quedó sola. El silencio ahora era distinto: ya no expectante, sino satisfecho. Había pasado la primera prueba.

El resto de la mañana fue un torbellino de firmas y llamadas. A mediodía, Diego la llamó.

—¿Cómo va el primer día de la mujer más poderosa de la farmacéutica? —bromeó, con un bostezo al fondo.

—Agotador, pero bien. Creo que aún no he metido la pata.

—Imposible. Estás hecha para esto. Lucas te espera para contarte que ha comido lentejas y ha pintado con rotuladores —hizo una pausa, y añadió con un bufido—: hasta el perro tiene un bigote verde ahora.

Sara rio, con una punzada de ternura y culpa.

—Para las siete estaré en casa.

—No corras. Todo está bajo control aquí. Concéntrate. Te queremos.

Al colgar, el contraste entre el mundo de Lucas y el suyo la golpeó. Lentejas y rotuladores frente a juntas y cifras millonarias.

La tarde trajo su primera crisis real. Lucía entró con gesto tenso, sujetando la tableta como si pesara el doble.

—La aduana de São Paulo retiene un contenedor. Falta un certificado sanitario.

—¿El de la ANVISA?

—Ese mismo.

Sara tomó el control. Dio órdenes precisas al jefe de logística, calmó su pánico, conectó con Carla para mover a su equipo y firmó una carta urgente para las autoridades. Una hora después, Lucía volvió, con un brillo de alivio en los ojos.

—Liberado. Fue un error del sistema. Ya está en camino.

—Bien. Que envíen un informe para evitar que vuelva a pasar. Y felicita al equipo.

Sara se recostó y dejó escapar la tensión. Otro fuego apagado.

Al caer la tarde, retocó el labial y alisó el faldón de su chaqueta frente al espejo del baño. No como armadura, sino como un gesto mínimo, casi íntimo, de recomponerse. Estaba cansada, pero serena.

De regreso a casa, miró la ciudad desde el coche. Afuera, las luces parpadeaban como un tablero infinito. Estaba exhausta, sí…, pero era un cansancio satisfactorio. Había sobrevivido al primer asalto.